

inmortal de la razon atestiguada por los siglos para convencer que el despotismo era una invencion reciente. Las trabas con que la sujetaba la censura, la hizo atenerse á la apreciacion de los hechos que esta no podia negar sin ser absurda. Á la historia, que no hacia mas que recargar la memoria, sucedió la que escudriña el sentido de los hechos, sus causas y sus efectos, é indaga cómo los hombres podrian dilatar sus ideas, perfeccionar sus sentimientos, engrandecer la ciencia, mejorar la vida y aclarar las doctrinas políticas y económicas. Ademas que interponiendo la revolucion un tiempo que equivale á siglos, se pueden considerar los hechos como consumados, los libros como viejos, y acercarse sin temor de confundir la vida con lo escrito, ni sufrir el contagio moral de la vecindad y la novedad. La paciencia que los grandes y sus asalariados empleaban en compilar genealogías y blasones, el pueblo la dedicó á la historia de las plebes, de su lenguaje, religion, industria, bellas artes, arrojando del altar la fuerza, y manifestando ser voz de Dios la voz del pueblo, que se mira encarnada en los héroes, y expresadas sus propias necesidades en los grandes inventores; sustituye su nombre al de los Rómulos y Solones, como á Homeros y Esopos, y se contempla él mismo en las religiones, así como en las revoluciones.

De esta manera cada siglo rehace la historia segun su modo de ver.

Entretanto la moderna participó de la atencion que ántes se concedia únicamente á las antiguas; se juzga la suerte de los pueblos por miras generales, y sus acontecimientos se ponen en conexión con los de toda la humanidad. No pensando en adular á los príncipes, sino en hacerse entender de la plebe, se requiere una narracion mas animada y extensa, con aplicaciones á lo presente, y propagando la idea de la libertad con que vive.

La historia es el óptimo remedio contra aquel espíritu absoluto que impide á la justa apreciacion y la real exposicion de los hechos; porque cimentando las teorías con las aplicaciones, manifiesta las diferencias entre lo bueno y lo posible, el modo con que á las veces el mal protege al bien, y lo falso se ingiere en lo verdadero, hasta el punto de tener que sufrir la cizaña por no arrancar con ella el trigo bueno. En sus grandiosas lecciones asocia á las vicisitudes del hombre interior, esto es, de la conciencia, las del hombre exterior, es decir, el desarrollo de los Estados al traves de los siglos; hace coincidir la ciencia de los hechos y la política racionalmente tratada, y caminar al lado de ellas la jurisprudencia, dos formas sucesivas de la misma idea. Antes en Alemania una escuela metafísica de juriscultos se tituló histórica, porque se propuso principalmente unir el conjunto de la legislación con el estado de la sociedad correspondiente á cada época de lo pasado, aunque algunos de sus

miembros se inclinaron al optimismo, y otros se precipitaron en la fatalidad.

Cuando Montesquieu exclamaba: *¡Feliz el pueblo cuya historia es fastidiosa!* cuando otros ensalzaron los gobiernos elogiados por el silencio de la historia, manifestaron creer como único bien la privacion del mal, y que la narracion debe limitarse á hechos ruidosos y épicos. Pero quien observa la sociedad en sus elementos de lo útil, lo justo, lo bello, lo santo, lo verdadero, y en su triple símbolo la Iglesia, la escuela, las casas de banco, conocerá otros goces que no son los estragos de los campamentos, otras melancolías que las fiestas de las córtes, otras glorias que las conquistas. Arkwright y Watt que cambian las condiciones del trabajo, sustituyendo las máquinas á los brazos y las grandes asociaciones á las industrias de poca importancia, les serán mas dignos de memoria que muchos héroes admirados y á la vez maldecidos.

Creemos que el espíritu humano solo se revela totalmente en el complejo de sus obras: cada hecho de la ciencia es una huella de los hombres que han vivido; aquella planta es la señal que dejaron Linneo y Tournefort; aquella demostracion matemática atestigua la vida de Pitágoras y Galileo. Por eso debemos considerar lo pasado como un vivo sentimiento de lo presente, y buscar en las historias parciales la significacion de las generales. Detras del mundo político se mueve el del sentimiento, el de la inteligencia, el de la industria; tras de los reyes y de los jefes de las revoluciones están el sacerdote que ruega, el poeta que canta, el autor que escribe, el sabio que medita, el artista que dibuja y el artesano que trabaja. Todos viven con vida propia; pero respirando la atmósfera comun, y recibiendo la luz al traves de vidrios pintados con los colores de su siglo. De aquí el que se puedan atribuir al historiador aquellas palabras: *Soy hombre; nada de lo que al hombre concierne me extraña;* porque todo lo encuentra oportuno para significar la condicion social, ya sean las invenciones de la industria, ya las fantasías de la vanidad, la autoridad de la razon, la independencia del espíritu, ó la moral de los deberes; cuanto se ofrece por las tres vías, por las cuales camina el entendimiento, á saber, la experiencia, la razon y la revelacion; aquel conjunto de actividad é inaccion que se manifiesta en el hombre así como en todas las cosas; las inclinaciones de la naturaleza humana y los conceptos de la inteligencia; en fin, la trinidad y la unidad del ser intelectual, moral y físico.

No creimos poder prepararnos á esta tarea sin abrazar en la unidad misma la vida de la humanidad; y fuimos los primeros que exhibimos ó mas bien intentamos tratar la historia entera de la humanidad, no la sucesiva de algunas naciones, no la única política de todas, sino la de la humanidad que marcha, ya avanzando, ya dilatándose al traves de sus desastres.

Sin embargo, como la antedicha escuela histórica de los juriscultos no consideró si un código era necesario, sino que declarando imposible el hacerlo perfecto, concluyó afirmando que el principiarlo era una intervencion orgullosa é imponente del legislador; del mismo modo, no siendo factible una historia universal completa, se podia desaprobar hasta la idea de intentarlo. Pero aquella profunda cuanto desconsoladora máxima de Göthe, que *para saber alguna cosa, es necesario saberlo todo*, ¿no nos obligaria á no escribir ya de nada? Por esto nosotros, si bien con fuerzas muy inferiores, nos hemos atrevido á dar colorido á un dibujo nuevo y con medios nuevos, á lo ménos en su union; caminamos desconfiando de los aplausos, y adquiriendo vigor con la insólita violencia de los ataques, y hoy nos apresuramos á llegar al término ántes que aparezcan aquellas arrugas que la vejez imprime sobre el espíritu, no ménos que sobre la frente.

En el cuerpo de la obra jamas llamamos sobre el autor la atencion que el lector debe consagrar enteramente al asunto, y hé aquí la tercera consideracion general que reclamo sobre mi empresa y sobre mí mismo. El paso es escabroso, porque en todo asunto es mas facil censurar por lo que se omite que aplaudir por lo que contiene; y es una ley, una necesidad, ó una equivocacion de todo prefacio el afirmar mas bien que discutir, y el presentar aserciones genéricas mas bien que exponer hechos diversos. Pero, ¿qué importa? Nuestra reputacion de temeridad está ya asegurada, y jamas hemos aspirado al abyecto honor de agrandar al vulgo de los doctos, ni al peligroso de complacer á un partido; sentimos que una idea grande se empobrece en manos de los imitadores, pero nos persuadimos que una obra vasta no debe tratarse ligeramente, ni tampoco por aquellos que no la comprenden.

Al dirigir mi discurso por última vez á los lectores, que creo me dispensarán su amistad por el prolongado tiempo que se han ocupado en leer mi obra, tengo necesidad de repetir algunas palabras relativas á mi tarea. Entre la erudicion que quita el interes y la ideología que quita la verdad, entre el fastidio y el error he caminado exponiendo con franqueza lo que con simpatía habia estudiado libre de preocupaciones sistemáticas, sin perturbarme por las excepciones, buscando en la ciencia moderna sus recientes conquistas, imparcial cuanto es compatible con la naturaleza del hombre y al frente de hombres y accidentes de los que somos criaturas y victimas; aclarando los hechos por deseo de la verdad y por necesidad de la certeza; aborreciendo teorías vagas, fué mi propósito avivado por la noble pretension de ser justo é intrépido, por el imperioso atrevimiento de voluntad necesario al que erigiéndose en juez debe renunciar á la empresa ó sufrir por ella el martirio. He procurado evitar las

fórmulas generales que dispensan de las ideas exactas. El historiador es juez, y como tal debe manifestar los motivos de su sentencia y pronunciarla. He querido atenerme á la filosofía clara, sensata y práctica de nuestra nacion, mas bien que á sistemas nebulosos ó atractivas paradojas; no suponer que los lectores conocian muchas cosas, ni remitirlos á otros libros, sino cuando me he encontrado sin la capacidad suficiente para formar una idea completa, ó impedido para desarrollarla; tampoco he querido callar la verdad porque otros la hayan dicho, puesto que nunca es inútil repetirla; no he usado las transacciones del tímido ni los desechos del oprimido; no he disimulado mis opiniones bajo frases ambiguas, que salvan de la tiranía de desprecios decrépitos y de la guerra en que dos partidos se condenan igualmente; y es justo, porque los partidos son extremos y el hombre honrado debe caminar por el medio. Fácil y hermoso es andar impedido por las masas sobre caminos ya construidos, y llevado por limitadas inteligencias que aplauden en vosotros su propia medianía. Pero la exageracion es el lenguaje de las sociedades en decadencia; la verdad es la necesidad de las ordenadas y que se regeneran.

El que se ve precisado á publicar la historia en fragmentos separados, y por consiguiente para lectores poco atentos (1), encuentra multiplicada la dificultad de hacer comprender la armonía de su propio pensamiento, sin lo cual es imposible formar un juicio completo de la obra. De aquí resulta que miéntras que el autor procura extender las consideraciones del lector sobre el progreso del universo, una miope pedertería le opondrá el no jurar sobre la palabra exclusiva de Herodoto ó Livio; de aquí las minuciosas preguntas de quien no sabe elevarse á aquella altura donde todo lo que es bello y verdadero se reune y confunde; de aquí pretender que no se diga nada de lo que otros han dicho, y oponer á la vez los juicios de otros que al vuestro repugnan; de aquí el aislar frases ó razonamientos que adquieren su sentido únicamente del complejo, ó atribuir opiniones traídas solamente con aquella lealtad que no disimula una objecion; ó sorprenderos en una palabra desmentida por el hecho con aquel arte perpétuo é infame de los sofistas, que separando una frase del contexto, alterando su significado y mascándola, la mezclan con su mortífera saliva, y la escupen venenosa contra aquel por quien habia sido noblemente proferida (2).

No es maravilla, pues, que circulen multiformes juicios sobre un libro, principalmente entre aquellos que no le han leído; sobre todo

(1) « Il y a un po / sur lequel il faut se résigner quand on écrit; c'est d'être lu légèrement, et d'être jugé du haut en bas » SAv, *Petit volume*.

(2) La acusacion mas repetida y ménos racional que se me ha dirigido es la de no poner citas. Basta mirar al pié de mis páginas; ademas que NADIE apoyó tanto su narracion como se apoya en esta obra enriquecida con tantas aclaraciones y documentos.

en un tiempo de libres y desordenados pensamientos, en el que se lee por ociosidad ó por distraccion; cuando cada sonido se acepta como una idea; cuando adquirida la ciencia y perdida la calma, con ménos inteligencia y mas precipitacion aplicamos los principios sin estudiarlos; pensamos á médias y exponemos ántes de madurar; cuando los partidos tienen la arrogancia de manifestar que poseen exclusivamente lo bello y lo verdadero, sin examinar siquiera las opiniones contrarias, y todos tratan de encubrir la debilidad de la duda bajo la violencia de las palabras, sin cuidarse de si tienen razon en el fondo de su resentimiento.

Aquí la palabra ha tomado un carácter acre; y el lector tal vez vituperará á quien, despues de tantos volúmenes combinados, deja correr su disgusto en una página, donde aunque piensa, es solo con el corazon, concentrando en un punto la amargura que ha sorbido gota á gota en algunos años. Si en un país donde son tantos los obstáculos, poquisimos los consuelos, ningunos los auxilios, se ve uno solo y vilmente atacado, ¿sería digno en el combate afectar la serenidad del triunfo, despreciar al lector cual si le fuese indiferente su asentimiento, ó reputar tan abyecta la literatura nacional y los que la custodian, que los creyese hasta indignos de hablar de ella? Sin embargo, no tiene razon para quejarse: el buen Espartano, que se queja cuando la zorra le roe las entrañas, adquiere la nota de cobarde; si entre los estragos muere callando, los espectadores gritan: ¡Bravo!

Pero llega el día de la recompensa, el de la muerte; ó lo que es lo mismo, aquel en que el hombre, cansado ó debilitado, arroja la pluma y cesa de excitar las mezquinas emulaciones contemporáneas. Á quien nada hizo jamas, al que no hace ya, y al que repite que está haciendo, se les llama hombres grandes (1); para ellos son los honores y premios, y lo que mas importa, la paz, — aquella paz á la cual nuestra indolente generacion sacrifica sus convicciones y su dignidad.

Si, la tienen; pero hay gentes para quienes el peligro y la lucha son mas apreciables que para otras el buen éxito y el triunfo. La paz del perezoso ó del condescendiente ¿pueden nunca compararse con la inmensa alegría que experimenta el hombre al obrar, al emitir un pensamiento que nace del corazon y al corazon se dirige; que intrépido revela aquellos sentimientos que tenia en el vigor de su edad, y que tendrá todavía cuando la edad le haya debilitado, y saber que encuentra eco en mil corazones vírgenes, en mil almas despreocupadas?

Por otra parte, ¿cuánto complace á un autor

(1) Si el poder de mi nombre se ha aumentado, es porque he dejado de escribir, decía Chateaubriand en una carta de 10 de julio de 1842; y Vernet decía á Greuze: Escúchame, deja de ser pintor, y al momento la Academia cantará tus glabanzas.

el verse obligado á no confiar en otro que en sí mismo, y á adquirir por ello el mayor vigor posible, sin dejarse lisonjear por la condescendencia de los demas ni á usarla consigo mismo, y en la necesidad de llenar un corazon avaro de benevolencia, interesarse en su objeto con toda la pasion de la juventud, de la persuasion, del despecho! El exceso de la opresion llega á convertirse en fuerza, así como la viga golpeada sin cesar por la maza de hierro sufre, pero se clava cada vez mas profundamente en el suelo, y un día sostendrá el puente que ha de unir dos riberas opuestas.

En su consecuencia, mi obra, que no ha sido auxiliada con los consejos de los maestros, ni con aquella crítica, ingenua aun cuando no benévola, que no solo vitupera los errores cometidos, sino que precave otros nuevos, aparecerá, como espero, mas original en su pensamiento, porque no está obligada á condescendencias oficiosas para con aquellos que la hayan favorecido; ni á transacciones que parecen una obligacion con los que están de acuerdo con nosotros en cien puntos y disienten en tres ó cuatro de ellos; ni á aquel respeto á los hombres, á los autores, á las doctrinas, á las máximas, que, casi sin notarlo, nos impone la amistad. Afortunadamente, el que no afana recompensas de los grandes, ni adula á la plebe de los doctos, puede hoy decir gran parte de la verdad; el reinado del pensamiento no despierta recelos á los reinados de la materia, ó ya no bastan á destruirle; el público compra las obras de los autores, no los servicios de un Mecénas.

Pero llegar á la cumbre del arte, que está en armonía entre la imaginacion, el pensamiento y la forma; obtener la facilidad y la sencillez, sin las cuales no hay dignidad para el hombre, ni originalidad para el escritor, y aquel poder en la palabra que deriva de una sola fuente los descubrimientos, las convicciones, la elocuencia; unir el cálculo á la audacia y la prudencia al ímpetu; fundir los hechos con la moral, no de palabras, sino de acciones; encontrar el precioso secreto de ser sabio, sin parecerlo, de convencer que se sabe mas de lo que se dice, y que hubo valor suficiente para disimularlo, pueden ser muy bien mis intenciones, pero conozco cuán léjos de ello he quedado; pero si no he obtenido lo que he pretendido para otros historiadores, ¿ojalá pueda huir de lo que en ellos he vituperado con severidad! Esta severidad se ha interpretado como desprecio; pero ¿qué hombre, por muy abyecto que sea, vilipendiará á aquellos que le precedieron, cuando él mismo camina, aunque con diferente paso, por las mismas sendas que aquellos le abrieron? No educó mi alma con tales pensamientos el que primeramente me inspiró amor á estos estudios, y que con su palabra animadora, mas poderosa que el precepto, y mas todavía que el ejemplo, me acostumbró á considerar lo pasado sin la preocupacion oficial de las es-

cuelas, ni la clásica de las academias, y á conseguir la independenciam en el exámen, que puede hacer errar pero no aparecer vulgar. No cesaba de repetirme que era un deber conocer los pensamientos y las acciones de los que nos precedieron en la vida; escuchar y hacer oír la eficaz palabra de la historia, obligacion particular de los Italianos, precisados como están á buscar en lo pasado las complacencias, los consuelos, las esperanzas. Pero para este objeto no bastan los libros; es necesario visitar los lugares, preguntar á las tradiciones, ver las pasiones en juego, meditar en la soledad sobre los demas y sobre sí mismo, y comer el pan del pueblo, en el cual está la confianza en el porvenir. Y luego añadía: « La ignorancia y la presuncion se dan cierto aire de sabio escepticismo para negar las causas remotas de los presentes efectos; pero un estudio infatigable nos lleva á conocer los vínculos que unen la ironía de Sócrates con las matanzas de Espartaco, Graco con Mirabeau, la venida de Carlo Magno con la esclavitud de Italia; á ver salir del mal el bien, de las feudalidades los Comunes, de los nidos de piratas las ciudades anseáticas, de la guillotina el código de Napoleon, y señalado por la Providencia el progreso en una institucion, en una guerra, en un hombre ó en una doctrina. Hacer evidentes al lector estas causas, es el arte de obtener que lo pasado aproveche á los presentes, y que en los casos antiguos se lean los nuestros.

» Los especuladores de la ciencia; sabios únicamente en fechas y clasificaciones, para los cuales Ciceron es el orador romano, César el escritor de los Comentarios, Dante el cantor de la Divina Comedia, no usurpen el nombre de historiadores; ni aquellos que se satisfacen con un lujo estéril de conocimientos sin acordarse que la erudicion es un simple instrumento de las ciencias morales, como el álgebra para los problemas prácticos de mecánica y geometría.

» Cada siglo pone muchos elementos de su edad en la que describe, y quiere recibir instruccion en su propio idioma; de aquí la inagotable novedad de la historia, á pesar de ser inalterables los acontecimientos. El conocimiento material de estos pertenece á la crítica; el publicista saca de ellos la interpretacion filosófica, con la cual la narracion se cambia en sublime enseñanza de lo que conserva ó descompone en un pueblo los fundamentos de la sociedad; aplica la moralidad de las acciones á las supremas cuestiones del orden social, y asociando á la ciencia de los acontecimientos la de sus causas, descubre el carácter real, despojándole de sus apariencias, corrige los juicios falaces, y deduce rectas consecuencias. De este modo el historiador se hace creador.

» Las felices temeridades de la crítica produjeron frutos mas abundantes de lo que se esperaba; pero así como á los primeros experimentos de Montgolfier se creyeron conquistadas las vastas regiones del aire, y á los primeros sa-

ludimientos galbánicos se presumió descubierto el principio de la vida, así aquella se ha propuesto asignar las leyes segun las cuales deben proceder los hechos. De aquí teorías vagas, sistemas generales, orgías de imaginacion ó de raciocinio, que cualquiera nuevo descubrimiento, ó la menor reflexion convierten en humo.

» Es verdad que no basta conocer; se requiere tambien juzgar: para caminar, es necesario saber dónde se va, y para obrar, saber qué es lo que se quiere; pero otra cosa es tener un sistema, tener una intencion, y el negar esta, equivaldria á decir que no era necesario tener ideas; porque esto es proponerse un objeto y formarse de él un pensamiento claro y asegurado. Los hechos por sí solos ¿qué son? Armaduras depositadas en un museo, dentro de las cuales la imaginacion puede colocar un monstruo ó un héroe, Ezzelino ó Ferruccio; postes que indican el camino en medio de la selva cuando están dirigidos hácia alguna parte; pero que de nada sirven si yacen por tierra. Fácil es inclinar la historia á cualquiera suposicion; la realidad puede conducir á la hipótesis, y el hecho engendrar la utopia. Solo es ciencia aquella que une los acontecimientos y los explica, sacándolos del estado de fragmentos aislados é incoherentes; así como no llamamos arquitecto al que amontona los materiales, sino al que se vale de ellos para levantar un edificio á la vez útil y hermoso.

» La historia registra las experiencias morales, en que la humanidad se ha ejercitado desde el principio del mundo; las clasifica segun su sucesion y dependencia, de modo que descubre la ley de su encadenamiento, con objeto de revelar el porvenir de la especie humana, y enseñar á las sociedades cuáles son los hechos coexistentes en su seno que están en progreso, cuáles en decadencia, cuáles desaparecen ó llegan á ser predominantes; á fin de que los pueblos sepan dirigirse, mas bien que abandonarse á una fatalidad incalculable, y previendo los perfeccionamientos sociales, remuevan los obstáculos y eviten los choques peligrosos. Con esto todo hecho llega á ser importante, porque á él conciernen los destinos de la humanidad; con esto los trabajos de cada uno convergen al bien de todos, y los conocimientos son pasto intelectual y moral que cada hombre suministra á la humanidad.

» Evita, si sabes, lo ideal y la caricatura; no hagas del presente un porvenir que se desvanece, ó un pasado que se lamenta; busca su razon en la historia, la cual une las actitudes á los hábitos; porque si el astrónomo tiene la cabeza levantada y el cavador inclinada, no nace de disposiciones diversas, sino de la costumbre y de la oportunidad.

» Resta ademas la forma, mas difícil en los países en que el lenguaje todavía se halla indetermindado hasta en sus nombres, y en tiempos en que, contando con la poca atencion de

los lectores, creen los autores poder descuidar su exactitud. El método científico ha embotado el gusto literario, y á fuerza de recordar que la historia es una ciencia, se ha olvidado que es puro arte y que como tal aspira á la inmortalidad. Así como la necesidad de descubrir lo verdadero hace que el erudito soporte la incomodidad de un tosco vestido, así los libros ordenados según un lógico pensamiento pueden esperar vivir. Quien tiene un concepto interno y claro, renuncia voluntariamente al lenguaje oscuro y pretensivo; pero no se debe idolatrar la claridad despojada de adornos, ni aquella que nada deja ver en el fondo (1): le es preciso adquirir el gusto escrupuloso de la exactitud y del método, el cual viene después de muchos errores y ensayos, y sabe anunciar las grandes verdades sin aparato.

» El escritor que no tiene mas que un tono, no tiene mas que un tiempo, y á esto se reducen aquellos (en Italia tal vez únicamente) que hacen de la historia un mero ejercicio literario, atentos á las formas y á las frases en cuya monótona palidez hacen desaparecer los lineamientos, como en un retrato muy iluminado. La elegancia del estilo sobriamente pintoresco es necesaria; pero no basta, requiriéndose también elección delicada de particularidades y de imágenes, abundancia sin descuido, concisión sin oscuridad, y aquella precisión que se combina con la facilidad, con la cual la narración ofrece proporción en las partes, encadenamiento en los hechos, novedad en las formas, maestría en las transiciones, orden juicioso, sobriedad imaginativa, y sensibilidad reservada: el atrevimiento en los conceptos y la viveza de lenguaje no perjudican al gusto sencillo y severo; es preciso, en fin, que el autor sepa mezclar las indagaciones con las emociones; y valiéndose de las memorias contemporáneas, dar á las relaciones una imparcialidad no menos picante y mas variada que la pasión. Pero yo no apruebo aquel estilo cosmopolítico, que algunos titulan imparcialidad, ni aquellos lugares comunes inofensivos, aquel entusiasmo frío que mal se abrogan los nombres de amor á la patria y liberalismo. Fácil es adornar con palabras; fácil la ostentación de un valor irreflexivo; fácil también un entusiasmo desordenado; sol de marzo que todo lo mueve y nada madura. Sin embargo, si alguno grita: *Allanemos los Apeninos para reducir la Italia á un solo Estado*, arranca al vulgo aplausos mayores que aquel que surca lentamente de caminos sus montañas y une á los hijos de aquel país por las ideas y por los sentimientos.

» Trabaja con la santa dignidad de lo verda-

(1) « Juger et raconter à la fois, manifester tous les dons de l'imagination dans la peinture exacte de la vérité; se plaire à tout ce qui a de la vie et du mouvement; laisser au lecteur, comme à soi-même, son libre arbitre pour blâmer et approuver; allier une sorte de douce ironie à une impartiale bienveillance, tels sont les traits principaux de la narration française. » BARANTE, Prefacio á la Historia de los Duques de Borgoña.

dero, y en la majestad de la independencia solitaria, y ¿quién fijará la atención en ti? La furia improvisadora de nuestra época, la ciega necesidad de gozar de los frutos, apenas se han esparcido las semillas, ponen al hombre reflexivo y profundo en una triste situación; no dejan apreciar la fecunda influencia del descanso; pretenden aquellas cosas excesivas, aquellas cosas inmensas que no están en los destinos del hombre, el cual solo tiene de infinito los deseos. No: no basta decir á la inteligencia: *Se libre*; es necesario decir también: *Se robusta, ten la fuerza de la moderación*.

» Pero la mayor parte de los hombres ven tan corto que solo conocen dos causas; y si se les demuestra que la una no tiene razón, concluyen que la otra la tiene: si se desaprueba á Carlos I, deducen que se hacen elogios de Cromwell; si se pone en relieve la piedad de Port-Royal, sacan por consecuencia que se vilipendia á sus adversarios, y al que reconoce mérito en un Aleman, le acusan de desleal á Italia. No podrás contentar á todos, ni aun resignándote á la fastidiosa monotonía de un elogio perpétuo. Pero si no ambicionas aquella gloria que el vulgo dispensa á los que adulan sus pasiones; si no adulas á aquellos presuntuosos que, ineptos para crear, quieren al menos adquirir importancia con sonora palabrería; si rechazas con los hechos la acusación que se hace á tu patria de cuidar solo de periódicos, de novelas y de farrago extranjero; si te preparas sin ruido á dar la levadura á la masa inerte, á nutrir el espíritu de pensamientos y el corazón de sentimientos; si tienes el valor de sufrir el anatema por tus hermanos; si sabes tener razón con novedad y con calma, y contentarte con vencer sin querer también triunfar; si un sentimiento de respeto á grandezas verdaderas no te impide mostrar las miserias de la sociedad antigua, ni sus vicios de reconocer los méritos.... entonces no esperes la suerte mas deplorable, esto es, la de no excitar la admiración de nadie; sino las burlas honrosas de los espíritus superficiales que leen por fastidio y juzgan por convenio; sino los ataques de quien no queriendo ser turbado en sus sueños, trata de paralizar con el ridículo lo que no puede destruir con los argumentos; sino la intolerancia sincera de los que por convicción se adhieren á una causa, y la intolerancia prostituida de quien se alista en ella por esperanzas. En las oscilaciones de una sociedad que aun busca el equilibrio; entre dos mundos uno que admira y otro que vitupera, no se puede aceptar la gloria sino sometiéndose á un oprobio. Si los que te ultrajan son personas que no te conocen, consuélate de los ultrajes en silencio: si son fuertes, déjales la túnica, y quédate con el alma immaculada; igualmente distante del envilecimiento y de la presunción, como quien conoce que es un simple instrumento de Dios. Los que reconstruían á Jerusalén, trabajaban con una mano y tenían la espada

en la otra. La vida es una milicia, batalla el escribir.

» Piensa que los escritos deben ser acciones; que la literatura es sacerdocio social; que la licencia no se deja reprimir sino por aquellos que dieron prendas á la libertad; que el que predica los deberes no es escuchado si no se hace acreedor á ello defendiendo los derechos. Propagándose el movimiento hácia las ideas serias, útiles y benévolas, se ve flotar la razón sobre ellas; y si uno persevera con gran trabajo en sus propias convicciones al traves de las divagaciones de la inteligencia y de la versatilidad de las opiniones, es prueba de que las tiene reflexivas y sinceras; y hasta los que hacen burla de todo, al fin tributan respeto á quien mantiene con constancia un puesto disputado.

» Queda, pues, un camino al historiador después de haber estudiado penosamente, y aprendido á ocultar su fatiga; y es inspirar siempre la inclinación al bien, prontitud en elegirlo y constancia en quererlo; mostrar sinceridad, porque el hombre sincero, aun cuando se equivoque, solo se engaña á medias, y nutrirse de aquellas ideas que dan consuelo en la persecución, y hacen honroso el martirio. Herder moribundo decia á su hijo: *Sugiéreme algun gran pensamiento; esto es lo único que me alivia*.

Así hablaba mi maestro, y sus palabras son ahora para mí mas sagradas, porque las oigo desde su sepulcro (1). He procurado arreglarle

(1) Habiéndose reproducido ya en los periódicos la carta que él me dirigió desde su lecho de muerte, perdóneme la complacencia, pues no es vanidad, de insertarla á continuación.

Mi honradísimo amigo:

Has emprendido una gran tarea. Es una batalla campal intimada á todas las hipocresías, á todas las ignorancias. Poco importa conocer lo pasado, cuando no se trata de mejorar el porvenir. Para ti los hombres corrompidos ó corruptores son plebe, y solamente nobles aquellos que han merecido bien de sus hermanos.

á ellas con todas mis fuerzas y con perseverancia en buscar la verdad y franqueza para quererla decir, he resistido los combates y seguido mi marcha, seguro de hacer una obra útil, y deseando que otros puedan hacerla perfecta.

Si para volver donde tenia mi punto de partida ¡hubiese hecho á lo menos como los oscuros viajeros que precedieron á Colon! Ellos perecieron en sus audaces tentativas, y hasta su nombre fué olvidado; pero indicaron islas y parajes, y animaron á empresas mas atrevidas. Si pues con solo mis fuerzas aisladas he guiado la historia á juzgar de lo pasado y preludiar el porvenir; si he dotado á mi patria de una obra que le faltaba y no á ella sola; si cansado pero no debilitado, batido pero no vencido, naufrago tal vez pero salvando el tesoro de mis convicciones; si puedo llegar á la ribera opuesta y entonar un himno á lo verdadero, á lo hermoso, á lo bueno, no diré á mis lectores *aplaudidme* sino *amadme*. Y si tal vez (lo que no espero) correspondiese al buen deseo la palma de la perseverancia, ¡con qué trasportes de entusiasmo no haria de ella una guirnalda para coronar á mi patria!

Milan, enero de 1844.

¡Oh César mio! ¡cuánta virtud en solo este pensamiento! ¡cuánta fuerza de talento y de corazón en dedicar la pluma á expresar la exuberancia del pensamiento enamorado de la justicia y de la verdad! No puede tener sentimientos de Cristiano quien no te anime con sus votos, sus elogios, sus expresiones de gratitud y sus bendiciones.

Al enviarme tu obra te llamas mi amigo y discípulo. ¿Amigo? — Sí, lealmente correspondido por mi mas afectuoso respeto. ¿Discípulo? — Sí, correspondido con aquella misma atención que tú me prestabas, dócil, asidua, confiada, y que ahora yo presto á tu maestra palabra admirado y contento de que pueda tanto la pluma de un ilustre Italiano.

Consérvate bueno, inspirado, perseverante; regocíjate en el secreto íntimo de tu conciencia y en los votos de todas las personas ilustradas que honran el talento que Dios te ha dado y el mérito de tu generosa voluntad.

Milan, 6 de abril de 1838.

Tu afectísimo y respetuosísimo amigo,

J. B. DE CRISTÓFORIS.